

# Algunas corrientes filosóficas en Argentina durante el período hispánico

## La llamada filosofía moderna

JUAN CARLOS ZURETTI  
Universidad de Buenos Aires

En el Río de la Plata, durante el período hispánico, se profesó una ideología filosófica que, no obstante cuanto se ha dicho sobre el particular, no puede calificarse definitivamente ni como escolástica ni como peripatética. Nacen en el siglo xvii los centros universitarios rioplatenses en una atmósfera intelectual cargada de dudas y de esperanzas, de temores y de vacilaciones que corresponden al nacimiento del pensamiento moderno en presencia de un robusto antepasado que no ha muerto del todo.

El peripatetismo escolástico que había nutrido abundantemente la filosofía española del siglo xvi, encontrábase ya en lastimosa decadencia en el siglo xviii desprestigiado por sus excesivas sutilezas y combatido por sus adversarios. Y si bien estas ideas fueron perturbadas, a la postre, el largo combate contribuyó a despertar nuevas inquietudes.

Aunque de suyo pareciera escasa la influencia de los filósofos en la vida rioplatense, puesto que la población mantúvose muy reducida hasta los primeros decenios del siglo xvii, es probada la repercusión del pensamiento hispano y aun del europeo, en general, en estas apartadas regiones, y es fácil demostrar históricamente cómo las corrientes filosóficas conocidas en los centros culturales rioplatenses coincidían cronológica y mentalmente con las europeas.

Del mismo modo se podría demostrar que nuestras escuelas no estuvieron sometidas ni a la maraña del aristotelismo, ni a un quietismo enervante, ajenas totalmente a las ideas de los grandes pensadores

de los siglos XVII y XVIII. Recuérdese en primer lugar que la escolástica es un sistema, no una escuela, ya que en ella nacieron, crecieron y lucharon numerosas corrientes representadas por los religiosos dominicos, franciscanos y jesuitas que siguieron el pensamiento de sus doctores: Santo Tomás, Escoto y Suárez; y en segundo lugar, que, a su tiempo, surgieron, según demostraremos a continuación, las innovaciones de los gassendistas, cartesianos, empiristas, sensualistas, wolfianos y eclécticos.

Iniciase la transición en los Colegios de la Compañía, como señala David Mayagoitia en su estudio titulado *El ambiente filosófico en la Nueva España*<sup>1</sup>. “La amplitud de criterio con que la Compañía estimulaba toda clase de conocimientos indispensables al progreso de su obra educadora, creaba a sus maestros la necesidad urgente de conocer los adelantos científicos europeos, tomando, para ello, contacto con los elementos indispensables para una reforma tan necesaria”. Favorecían, sin duda, el pensamiento filosófico jesuítico las disposiciones de su fundador San Ignacio. Había elegido éste la doctrina de Santo Tomás, como enseñanza oficial de su Orden, y en 1593 se había impuesto a los jesuitas el seguirla en todas las cuestiones teológicas, pero se les había dejado plena libertad en lo referente a las doctrinas puramente filosóficas<sup>2</sup>.

Fieles a la tradición, siguieron la escolástica, pero adoptaron la orientación general de Suárez, quien enseñó un conjunto de teorías basadas ciertamente en la doctrina de Santo Tomás, pero no siempre coincidentes con la interpretación de los llamados tomistas. Era ecléctico dentro de la Escuela<sup>3</sup>.

Súmese a esto la constante afluencia de maestros y profesores de todos los países de Europa, que desde los grandes centros científicos del Viejo Mundo, traían a América los libros del día y las ideas más recientes.

Así se explica que la ideología imperante entre los jesuitas del Río de la Plata, no ofreciera el menor signo de retraso.

Nueve años antes de fundarse la Universidad Cordobesa, esto es

<sup>1</sup> DAVID MAYAGOITÍA, *El pensamiento filosófico de la Nueva España*, México, 1948.

<sup>2</sup> En *Monumenta Germaniae Paedagogica, Ratio Studiorum* por S. M. PACHTLER, Berlín, 1887, pág. 330, hay disposiciones relativas a este asunto.

<sup>3</sup> F. THONNARD, *Précis d'histoire de la philosophie*, París, 1937, pág. 418.

en 1613, según Furlong<sup>1</sup>, era profesor de Filosofía en la docta ciudad el jesuíta Juan de Albiz. Afirma el mismo historiador que fué el primer profesor de filosofía que en forma estable y orgánica abrió su cátedra ante la juventud criolla de principios del siglo xvii. Asistían a ella treinta estudiantes, de los cuales catorce eran jesuítas y los restantes externos. Su saber debía ser apreciable, pues era consejero del obispo de Tucumán, Trejo y Sanabria.

Sólo en líneas generales podemos consignar cuáles fueron las doctrinas de este maestro y de sus sucesores en el decurso del siglo xvii, pues no han llegado hasta nosotros ni sus escritos ni las copias de sus alumnos. Podemos sin embargo colegir la índole de sus enseñanzas a través de un autor, cuyo texto fué muy usual en los estudios cordobeses desde 1612 a 1657. Nos referimos al del Padre Antonio Rubio<sup>2</sup>.

Español, formado en la Universidad complutense, el P. Rubio, que había enseñado en Méjico, publicó una síntesis de su curso titulado: *Breviores commentarii in universam Aristotelis Logicam*, o como se denominó vulgarmente, *Lógica mexicana*. Obra de gran aceptación, fué adoptada en la Universidad de Alcalá y otras numerosas escuelas<sup>3</sup>. Al año siguiente publicó otro compendio sobre *Física y De Anima*.

Es notable en este último su renovado espíritu crítico, que lo lleva a considerar a la psicología como la parte más importante de toda filosofía debido a la excelencia de su objeto. Abandonando las sutilezas propias de la escolástica decadente, se sirve de Aristóteles y sigue a Santo Tomás, pero no a ciegas. Por esto ha sido considerado, por Menéndez y Pelayo, como tomista disidente<sup>4</sup>.

Si bien no nos consta que el cartesianismo, o lo que se dió en llamar filosofía moderna, arribase al Río de la Plata en el decurso del siglo xvii, lo cual no sería de extrañar pues era resistida aun en la Francia de esa centuria, podemos aseverar que en 1710 había llegado a sacudir a los maestros de Córdoba. Es de ese año una advertencia del General de los jesuítas, previniendo a los profesores de filosofía

<sup>1</sup> Trabajo inédito en preparación sobre filósofos argentinos que está elaborando el distinguido investigador R. P. Guillermo Furlong, planeado en una serie de monografías referentes a "La cultura argentina durante el período hispánico". Con su conocida generosidad fué puesto a nuestra disposición.

<sup>2</sup> *Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la historia Argentina: Cartas Annuas*, 1927, pág. 357.

<sup>3</sup> CAMILO FALCÓN, *Abside*, México, 1944.

<sup>4</sup> MENÉNDEZ Y PELAYO, *La Ciencia Española*. Buenos Aires, 1947, Tomo III, pág. 172.

de Córdoba, contra las innovaciones peligrosas y poniendo delante de ellos un conjunto de conclusiones o tesis no aceptables.

La voz de alarma emanada de Roma no tuvo el resultado apetecido. Era que la filosofía europea, sacudida por las consecuencias de los nuevos descubrimientos, provocaba las más variadas discusiones entre los profesores de la Compañía; tanto es así que en noviembre de 1732, se volvía a precaver a los profesores y alumnos de la Orden “contra la excesiva libertad de opinión que en filosofía tienen algunos de los nuestros, sobre todo en la parte que trata de los principios y constitución del cuerpo natural, en que, dejada la doctrina de Aristóteles, siguen más bien la doctrina de los atomistas”<sup>1</sup>.

Estas eran las inquietudes filosóficas comunes cuando entre 1732 y 1767 daba sus clases, también en Córdoba, el inglés P. Tomás Falkner, que debió haber remozado los estudios dado su prestigio como médico y su vinculación con Newton del que fué “el discípulo predilecto”, según Termeyer. Con todo, no introdujo la llamada nueva filosofía, si bien fué el que más trabajó para preparar su innovación, fundando en la Universidad de Córdoba, a mediados del siglo xviii, la cátedra de Matemáticas, y propagando los escritos de Cristián Wolff, de quien era fervoroso partidario.

Pero Falkner tenía cortadas las alas para la metafísica, como buen inglés que era, y por eso no fué él sino Domingo Muriel quien dió el primer gran impulso. De este insigne varón sabemos, que en 1749, al iniciar su curso de lógica, como escribe su discípulo Miranda, cercenó “varias cuestiones inútiles que no sirven sino para perder el tiempo y para romper la cabeza, aunque nuestros mayores las creyeran y llamaran útiles para aguzar el ingenio”; y después de enumerar la labor del maestro concluye: “en todo lo cual hizo no pequeño beneficio a aquella Universidad, porque rompió y abrió el camino para que ella, cortando a los maestros de filosofía aristotélica muchas superficialidades inútiles, áridas e insípidas que allí se trataban, introdujesen materias útiles, amenas y sabrosas de filosofía moderna, que antes se miraban allí como géneros de contrabando”<sup>2</sup>.

El pensamiento no había cristalizado. Gracias a Muriel y Falkner

<sup>1</sup> *Curtas a los Provinciales*, Originales existentes en el Archivo de la Provincia Jesuítica Argentina.

<sup>2</sup> *Vida de Don Domingo Muriel, escrita por un discípulo*, Biblioteca del Tercer Centenario de la Universidad de Córdoba, 1916, págs. 128 y 144.

habíanse abierto las aulas cordobesas a los conocimientos modernos, en tanto que las ciencias naturales y la experimentación iban ganando terreno y justo reconocimiento.

Esas nuevas doctrinas no solamente entraron, sino que llegaron a dominar a maestros y alumnos. Buena prueba de este aserto es el que en 1752, el entonces Canciller de la Universidad, Manuel Vergara, creyó de su deber remitir al General de los Jesuítas, 54 proposiciones de las que entonces enseñaban allí los maestros, solicitando una opinión sobre la conveniencia de ser enseñadas. Todas ellas, sin una sola excepción, fueron juzgadas anti-escolásticas y muchas tachadas como prohibendas.

Ni se piense que este dique pudo contener la fuerte correntada. Entre los años al 1755 y 1767 aparecen los no pocos escritos que confirman nuestro aserto. El primero es el del P. José Rufo, profesor de Animística entre 1763-1767; el segundo pertenece al P. Benito Riva, que ocupó la cátedra en el trienio 1762-64. Rufo es aristotélico, pero admirador de Newton, de Gassendi, Romer, Mayr, Nollet y Duhamel, etc. Conviene recordar que mientras Rufo enaltece al autor de los *Principia Mathematica Philosophiae Naturalis*, casi todos los físicos franceses rechazaban, al menos hasta 1745, los ya rancios principios newtonianos<sup>1</sup>.

Por un cartapacio de Francisco Javier Dicedo y Zamudio, alumno de Benito de Riva, podemos colegir sus enseñanzas, de las que tomamos unos párrafos que no requieren comentario: "No creo que filósofo alguno de entre los de la nueva filosofía llegue jamás adonde llegó el genio de la antigua, aunque reconociendo el genio de un Descartes, de un Gassendi, de un Bayle y de otros diligentísimos investigadores de la moderna filosofía. Reconozcamos que ellos pisando la huella de los antiguos, nos han revelado cosas nuevas y nos han trazado los caminos más breves y no menos seguros para el conocimiento científico. Los antiguos nos explicaban las cosas naturales por medio del raciocinio; los modernos, por medio de la experimentación, aunque los pensadores de antaño carecían de los instrumentos que hoy se dispone. Gracias a estos instrumentos se ha podido comprobar la falsía de muchas cosas que antes se tenían por ciertas".

Riva admira a los cartesianos, a quienes llama químicos, y dedica

<sup>1</sup> CARACCIOLLO PARRA, *Filosofía universitaria venezolana*, Caracas, 1938, pág. 54.

un largo capítulo al *Systema Cartesii*. Sigue luego una exposición del sistema de Newton “que es muy digno de ser conocido”, y en particular llama la atención sobre la constitución de la materia al modo gassendista. Considera al ocuparse de las cualidades de la materia que la definición de Aristóteles es pésima “indigna, no digo de quien es el príncipe de los filósofos, pero hasta de un patán, ya que nada define”. Las citas sobre los adelantos de la física son abundantes como, por ejemplo, sobre la electricidad.

El eclecticismo filosófico propio de la Compañía había encontrado en el P. Rufo a uno de sus más hábiles expositores, y fué él el último profesor de filosofía con que contó la Universidad de Córdoba. Consérvase de él un manuscrito *De Anima* (1766). Es un tratado de psicología, tal vez el más moderno de los que se escribieron a mediados del siglo XVIII. Está escrito conforme a la doctrina de Aristóteles, como se dice en la portada, pero en todo lo experimental Aristóteles es suplantado por el “*clarissimus Newton*” o por los “*celebratissimi newtoniani*” Nollet, de la Hire, etc.

Nos hemos preguntado muchas veces cuál era la fuente de información de nuestros filósofos hispanos. Más bien que investigar qué autores adoptaron en sus estudios, hemos creído conveniente averiguar qué libros pudieron consultar una vez llegados a estas tierras.

Son éstos más abundantes y variados de lo que podríamos suponer. Si bien toda la llamada “filosofía nueva” se trasladó a América en alas del *Teatro Crítico* o de las *Cartas Eruditas* de Fr. Benito Feijoo, o de obras tales como las de Boyle, Muschembroek, Brixia, etc., o las Enciclopedias como el *Diccionario* de Moreri, *Le Journal des Savants*, los anales de la Academia Francesa de Ciencias o la de San Petersburgo, hubo una fuente de información que superaba a todas por su practicidad y por su actualidad. Nos referimos a las llamadas *Memorias de Trévoux*, publicación periódica iniciada en 1701, que ofrecía las novedades de la ciencia, resumiendo en sus páginas ya un estudio sobre el *Ensayo filosófico* de Locke, o el extracto de una carta de Leibniz, o ya los últimos descubrimientos eléctricos realizados por Nollet, o bien las últimas reflexiones acerca de la organización de las naciones.

En los 214 tomitos que forman puede comprobarse la acogida que encontraron en esas páginas todos los sistemas, todos los problemas de todas las procedencias. El espíritu enciclopédico de las *Memorias*

nada excluía de sus páginas y no obstante la preponderante dirección de los jesuitas en esa publicación hay hasta un escrito de Voltaire dirigido a los redactores de esa publicación<sup>1</sup>.

Producida la expulsión de los jesuitas en 1767, acaece un fenómeno inexplicable. Al parecer los franciscanos, que los reemplazan en la Universidad de Córdoba, y que se habían educado totalmente con independencia de los jesuitas, se entregan en cuerpo y alma a la filosofía moderna, mientras que los alumnos de los jesuitas que ocupan las cátedras del Colegio Carolino de Buenos Aires, continuación del histórico Colegio de San Ignacio, abandonan el cartesianismo y vuelven, con mayor o menor timidez, pero en forma ostensible, a los grandes maestros de la escolástica. Mariano Medrano y Valentín Gómez son netamente escolásticos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Esta obra existió en numerosas bibliotecas coloniales. La hemos buscado en distintos repositorios y sólo hemos podido tener referencias por haberla encontrado el R. P. Furlong en la Biblioteca Nacional de Chile. Sobre su importancia puede verse: PAUL HAZARD, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1946, pág. 87.

<sup>2</sup> Noticias reunidas sobre el mismo tema por el autor, que complementan esta comunicación, pueden encontrarse en *Itinerarium* N° 10, año 1947: *La orientación de los estudios de filosofía entre los franciscanos en el Río de la Plata*; en el número siguiente: *Fray Elías del Carmen Pereyra, profesor de la Universidad de Córdoba*. En *Estudios* N° 416, se encontrará: *La Universidad de Córdoba y Juan Bautista un filósofo portugués en el Río de la Plata*; año 1946. En la Revista de la Universidad de Buenos Aires: *Tesis sobre filosofía y ciencias, defendidas en 1792 en el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires*; 1943, N° 8.